

## CAPÍTULO X

## EL PASEO POR EL JARDÍN DE PLANTAS

DESDE aquel instante llevó todo el peso de la conversación, y le dió un giro singularmente jocoso. Tuvo un verdadero éxito con su relato, un tanto burlesco, de la sublevación de los penados y de las extraordinarias aventuras en que se vió comprometida la tripulación, a consecuencia de la atrevida fuga de Bibi. Refirió todos los acontecimientos detalladamente y tan bien, que el mismo Bibi no lo hubiese hecho mejor; tan pronto lograba un efecto trágico, que hacía estremecer a las señoras, como un efecto cómico, que era subrayado inmediatamente por una formidable carcajada de la oficialidad y de los marineros, que se habían distinguido durante los últimos sucesos. Y sucedió que entre la evocación trágica del comandante y la inquietante alegría de la mayor parte de los convidados, los naufragos sintieron nacer en su interior una angustia mal definida, que comenzaba a causarles cierto malestar.

El champagne corría a torrentes, y la alegría, casi general, acreció por este motivo hasta un extremo que rayaba ya en la grosería. Quiero decir que la oficialidad, en parti-

cular, comenzó a olvidar la reserva que siempre impone nuestro uniforme nacional, sobre todo delante de las damas.

Había allí cierto teniente de navío, que hacía él solo más ruido que todos los demás juntos, y al que no conseguían calmar más que gritándole: ¿Quieres cerrar el pico, Bombarda?

De modo que todos aquellos señores tenían motes extraños, y de un extremo a otro de la mesa se gritaban: «Fetiche, Trompo», con una familiaridad que no reparaba ciertamente en categorías.

El barón Proskof, absorto siempre en los tristes pensamientos en que le había sumido la muerte de su mujer, salió de su ensimismamiento para manifestar a sus compañeros con una mirada extraviada el asombro que le causaba observar semejante «relajamiento en las costumbres» de nuestra marina nacional. Roberto Bourrelier bajó lentamente la cabeza, y Máximo del Touchet dejó oír una tosecilla, cuyo significado comprendió d'Artigues, el cual, en su cualidad de periodista acostumbrado a frecuentar los centros oficiales, no pudo menos de murmurar:

—¡No tienen la menor idea de esto en la calle Real!

Estos diversos movimientos no pasaron inadvertidos para Bibi, quien explicó la conducta de sus subordinados con una frase indulgente, que mereció la aprobación de las señoras:

—A bordo del *Bayardo* constituímos una familia.

—Y lo verdaderamente extraordinario es—dijo madame d'Artigues, que entre todos ustedes hay cierto parecido.

—Ese parecido consiste, sin duda—insinuó mademoi-

selle Nadige de Val Rieu—en que todos ustedes tienen la cabeza rapada como los quintos.

—O como los presidiarios—añadió Carmen de Fontainebleau, riéndose con toda su alma, por lo que ella consideraba una broma excelente.

Ahora bien; esta última expresión echó sobre casi todos los presentes un jarro de agua fría, como suele decirse.

Hubo un silencio, durante el cual todos aquellos hombres se miraron unos a otros, hasta que el Fetiche declaró, dándose una palmada en el muslo, «que había estado buena», y entonces resonó una formidable carcajada en la cámara del comandante.

Aún duraba el asombro de los náufragos, cuando Bibi explicó, con su acostumbrado aplomo, que si sus oficiales y sus marineros se habían cortado el pelo al rape, *había sido precisamente para dar buen ejemplo a los penados.*

—¡Aunque el comandante lleva *garletas*—gritó Rouquin—es un buen chico!

—Sí, sí—exclamaron todos—; es un buen chico.

Carmen de Fontainebleau aprobó:

—Tiene cara de ello.

—Es usted un buen chico; bueno—dijo madame d'Artigues—; pero ¿qué son *garletas*?

—¿*Garletas*?—respondió Bibi impávido—. Es un término que usamos nosotros los militares, y que equivale a galones... Y no piensen ustedes, *señoras y señores*—creyó deber añadir—, que la disciplina se resiente porque yo permita a mis subordinados tratarme como a *un padre*. Conozco mis deberes, y soy terrible cuando es preciso. Sí; si no uniese a las cualidades del corazón—añadió con la

mayor naturalidad del mundo—las del carácter, ¿a donde habría ido a parar con semejante cargamento?, ¿me lo quieren ustedes decir? Y si ustedes me lo permiten, voy a darles la respuesta: A estas horas, después de la sublevación del otro día, *nosotros seríamos los que ocuparíamos las jaulas.*

Una triple salva de aplausos y de hurras acogió la atrevida hipótesis del comandante del *Bayardo*.

—Eso es verdad—asintió mademoiselle Carmen de Fontainebleau—; no todos los días se estará de buen humor, teniendo que vigilar a semejantes bandidos.

—Pero para sublevarse—dijo madame d'Artigues—, era preciso que esos miserables estuviesen de acuerdo. Estando encerrados en sus jaulas y vigilados, ¿cómo se arreglaron para entenderse?

Bibi, en quien estaban fijos todos los ojos y que experimentaba cierta satisfacción al observar el interés con que parecían atender a sus palabras más insignificantes, aprovechó la oportunidad para dar a aquellos señores una ligera idea de lo que son los presidiarios. Parecía, por lo demás, que la importancia del asunto desarrollado le inspiraba, y sin que él lo sospechase, su lenguaje adquiría cierto carácter profesional propio de las conferencias.

—No conocen ustedes a esa gente—dijo con énfasis—; si la conociesen, nada les chocaría. Nada revela la intimidad que se establece entre ellos. Acostados en el mismo banco, ningún movimiento, ninguna seña indica que se reconocen, si por casualidad se han encontrado en otra parte o en los penales. Tienen un lenguaje especial, incomprensible para los demás. La posición de sus pies, el movimiento natural

de los brazos, la *dirección* de la mirada, equivalen a una palabra, a un diccionario, a un idioma completo. Para sorprender esta charla muda resultan inútiles la penetración y la experiencia de los celadores, del vigilante militar y hasta del jefe más hábil, de un servidor de ustedes, y está dicho todo. Sin embargo, varios de mis subordinados y yo hemos logrado aprender algunos términos de este lenguaje misterioso. Verán ustedes, vamos a hacer la prueba. ¡Acércate, Fetiche, y ponte ahí; tú, Rouquin, vete al otro extremo de la cámara! (Llevamos tanto tiempo navegando juntos, que, como ustedes ven, no tengo el menor reparo en llamarlos por sus mote.) ¡Vamos, empezad! Deciros algo. ¡Bien! ¡Muy bien! ¡Basta ya!... ¿Os callaréis... mal educados?...

—¡Pero si no se han movido!—exclamó madame d'Artigues.

—Eso cree usted, señora; pero se engaña. La manera de levantar las cejas y de meterse las manos en los bolsillos de Rouquin, y el modo de adelantar el labio inferior, por una parte, y por otra, la posición de los pies del Fetiche y la dirección de su mirada, me han hecho comprender que entre estos dos hombres se ha entablado una conversación que me guardaré muy bien de repetir a ustedes.

—¡Ah! ¡Sí, sí, comandante; cuéntenos usted lo que han dicho!

—¿Lo desea usted?—preguntó Bibi a madame d'Artigues, que era la que demostraba más afán por saberlo—. Será usted complacida. Han dicho refiriéndose a usted: «*Es una nincha de buten; el gordinflas se tima con ella, y el don liquido se lo está chanando. Aprovecharemos la bronca que*

*se armará ahora para preguntarle si se quiere peinar para nosotros.*

—¿Y qué significa eso, querido comandante?

—Significa, y conste que no quiero ofenderla, señora, significa lo siguiente: «Es linda esa señora; el señor grueso (el marqués) le dirige unas miradas muy tiernas; pero el delgado (su marido de usted), se ha dado cuenta de ello. Cuando ambos riñan, le preguntaremos si aceptará nuestro amor.

—¡Bravo!, bravo! ¡Es increíble!—exclamó mademoiselle Val Rieu.

—¡Sorprendente!—corroboró Carmen de Fontainebleau.

—Señora, le ruego a usted que me perdone—dijo con exquisita amabilidad Bibi, volviéndose hacia madame d'Artigues—; pero estos señores no frecuentan la buena sociedad, y todo les choca.

—¡Quite usted, si es graciosísimo!—declaró la linda madame d'Artigues, haciendo monerías—. ¡Y la conversación de usted, querido comandante, es de las más instructivas!

—¡Hace tantos años, señora, que vivo entre presidiarios!

—¡Perfectamente!—dijo Roberto Bourrelie—. ¡Esos miserables se entendían! Pero ¿cómo hicieron para evadirse? ¡Según nos ha dicho usted, Bibi estaba en el cepo, y vigilado por dos celadores!

—¡Ah, la evasión de Bibi!—contestó el comandante—. Dentro de un instante se la explicaré a ustedes, en el mismo lugar del suceso. Los grillos, las cadenas, no son para ellos un obstáculo. El mismo Bibi me ha revelado doce maneras, ¿comprenden ustedes?; ni una menos, doce mane-

ras de romper las cadenas o de disimular las señales que la lima o el cortafríos deja en los grillos. ¡Y limas y cortafríos tienen cuantos quieren! Bibi me regaló el día de mi santo una cestita, en la que cada paja ocultaba una sierra casi imperceptible.

—¡Oh! ¡Bibil! ¡Háblenos usted de él, comandante!

—Bibi—declaró el comandante con orgullo—abre todas las cerraduras y todos los candados con un simple alambre.

—¿Y no sospechaba usted nada antes de que estallase la rebelión?—preguntó Máximo del Touchet—. ¿Cómo pudieron guardar tan bien el secreto? Porque es extraordinario que entre ochocientos bandidos no haya habido uno, uno solo capaz de vender a los demás.

El comandante apuró un gran vaso de champagne.

—*Entre nosotros* son muy raros los *chivatos*—pero inmediatamente comprendió, por una seña del Kanak, que acababa de cometer una pifia. Y agregó, titubeando un poco: —, quiero decir entre nuestra gente, entre la gente que tenemos que vigilar, entre los penados, vaya! Los hay de cuando en cuando! Pero ese animal dañino que vende a sus semejantes tiende a desaparecer. Y es que la *vendetta* del presidiario es terrible y expeditiva. Si el *chivato* está en las jaulas, una mañana le encuentran muerto, sin que el médico más hábil pueda descubrir la causa de esta muerte repentina. Si está en Cayena, ya es un enorme hacimiento de maderas que se viene abajo, como por efecto de la torpeza de los trabajadores. Y al apartar los troncos para desembarazar el terreno, se encuentra un cadáver; ya un hombre que desaparece en el abismo, durante un tem-

poral, mientras lucha con las olas una barcaza. ¿Ha sido una desgracia debida a la inexperiencia? ¡No! ¡Ha sido un castigo infligido al delator! ¡Los penados, señoras y señores, tienen tribunales que dictan siempre con justicia sus fallos; tienen jueces que disponen también de una *escala de penas!*... Puede haber circunstancias atenuantes, si la falta entre los camaradas es leve; pero, en todo caso, cuando no acarrea la muerte, implica el *desprecio*. El condenado *pierde la estimación* de sus compañeros. ¡La estimación de los suyos, señoras y señores, es la conquista más preciosa de un penado! Esta estimación tiene igualmente sus grados. ¡Y Dios sabe qué proezas deben realizarse para alcanzar el grado más alto! Pero, si no a todos les es dado llegar a la cumbre por medio de brillantes hazañas—añadió con elocuencia ciceroniana el estupendo Bibi—, cada penado pone cuanto está de su parte para ocupar su puesto y conservarlo dignamente. Sabe, como acabo de decir a ustedes, que en el peldaño más bajo de la escala está la palabra «desprecio», y más de uno ha demostrado que prefiere la muerte al desprecio.

—¡Pero, comandante—observó madame d'Artigues con cierta inquietud—, parece, Dios me perdone, que los admira usted!

—¡Yo admirarlos!—protestó Bibi, con la expresión más inocente del mundo—. ¡Diga usted más bien que los compadezco, señora! Hasta el mismo Bibi es bien digno de compasión, créame usted. Yo he tenido largas conversaciones con ese individuo, y puedo afirmar que el pobre muchacho no había nacido para inspirar terror a sus semejantes. Las circunstancias y los hombres lo dispusieron así, como

por una especie de capricho fatal. ¡Ah! ¡Es muy cómodo para los que están lejos del abismo del mal dar consejos y lecciones a los desgraciados! Pero no hay que olvidar que la fatalidad representa siempre en estas cosas un papel muy importante. ¡Tener suerte o no tenerla! No digo que todo consista en eso; digo que eso hace mucho. *¡To be or not to be! ¡Fatalitas! ¡Fatalitas!*—exclamó el estupendo Bibi en un arranque de lirismo, en el que mezclaba el inglés con el latín—. ¡Oh! ¡Fortuna! ¡Fortuna! ¡Debías asociar a ese hombre justo a los más miserables de los mortales! ¡Nada hay más funesto que la compañía de los malvados; el fruto de ella es amargo! ¡Es un campo de miseria, en el que se cosecha la muerte! Pero ¡perdónenme ustedes... ni sé lo que me digo!—confesó el adorador de Sisi, enjugándose las lágrimas que brotaban de sus ojos—. ¡Me parece que he bebido una copa de champagne de más! ¡Vamos a cubierta a tomar el aire! ¡Y luego daremos una vueltecita por el jardín de plantas!

Todos se levantaron en un singular estado de ánimo. La emoción del comandante había impresionado diversamente a los invitados de aquel extraordinario almuerzo de gala. Los penados no podían menos de recordar que algunos de ellos pretendían que Bibi había sido, ante todo, *una víctima de su inocencia*. En cuanto a los náufragos, se explicaban difícilmente el enternecimiento de aquel lobo de mar, al hablar de aquel monstruo a quien llamaban Bibi.

—¡Está llorando!—dijo en voz baja madame d'Artigues a su marido—. ¡Cualquiera creería que le quiere!

—¡Como a un hermano!—replicó Bibi, que la había oído.

—¡Cómo! Pero ¿qué es lo que dice?

—Nada, señora; ¡ya ve usted que está borracho!—explicó el Bombarda.

—¡Buena «tajada» tiene el comandante!—murmuró Roberto Bourrelrier.

—Tal vez no esté tan borracho como parece—dijo Carmen de Fontainebleau a Nadige de Val Rieu—. Según tengo entendido, ese Bibi es un hombre verdaderamente extraordinario, y a pesar de su fealdad está dotado de un poder de sugestión irresistible. Habrá hechizado a este pobre hombre, que no parece tener la cabeza muy firme.

—A mí—replicó Nadige de Val Rieu—lo que más me ha impresionado de todo lo que ha dicho, es que los penados cuentan con medios para escaparse de sus jaulas. Esto no es nada tranquilizador, y no podemos considerarnos en seguridad mientras estemos aquí.

—Tal vez tengas razón—respondió la otra—. Lo malo es que no veo dónde nos podríamos refugiar. Pero te aseguro que no las tengo todas conmigo. Esta gente me asusta con tanto hablar de los presidiarios. Y además, no es que yo lo diga, pero tienen unas caras... ¿De modo que vamos a ver a Bibi, mi comandante?—preguntó Carmen de Fontainebleau al marino que pasaba junto a ella dando empujones a todo el mundo.

—¡Seguidme!—ordenó Bibi.

Al pasar junto a la escala de las cocinas, hizo que se detuviese la procesión para que viesan la despensa y todas las señales del combate que allí había sostenido Bibi.

—Miren ustedes—explicaba—; ¡aquí estábamos nosotros y él allí, y nos tiroteábamos de lo lindo! ¡Había que ver

aquello! ¡Por supuesto, es un valiente! ¡Eramos ciento contra uno!... Y no había medio de acercarse. ¡Saltaba de una habitación a otra como si hubiese sido de caucho, y a pesar de ello, invulnerable a las balas! Por último, se refugió en la cocina. ¡De allí no podía salir! Estaba perdido. Y corrimos todos allí. ¡Nadie! ¿Por dónde había salido? ¡Misterio! Después de registrarlo todo, nos marchamos. Pues bien; ahora puedo decírselo a ustedes porque él mismo me lo ha contado. Apenas nos fuimos, *salió del rancho, que comenzaba a estar demasiado caliente*, asomó la cabeza por el borde de la marmita, vió que estaba solo, abandonó su baño culinario y volvió a esconderse en la despensa, bajo las provisiones de legumbres que acabábamos de remover para convencernos de que no estaba allí. ¡Qué quieren ustedes, no se nos ocurrió mirar las ollas! *¡Estaban echando humo!* ¿Cómo íbamos a figurarnos que Bibi *estaba escondido en el rancho*, que comenzaba a hervir a fuego lento? ¡Evidentemente, aún no hervía; pero me dijo que cuando salió, ya era tiempo, porque el pobre muchacho no hubiera podido soportar aquel baño de cuarenta grados corridos, a pesar de tener la piel bastante dura! ¡Oh!, disponía de un recurso. Debo advertir también que le fué muy útil la complicidad de un pinche, un amigo suyo de la Rochela, que consiguió embarcarse a última hora con unos cuantos fogoneros para reemplazar a algunos hombres que habían desertado. Todos eran de la cuadrilla de Bibi. ¡Figúrense ustedes si le ayudarían! El pinche, encargado de hacer el rancho de los presidiarios, se convirtió en el mandadero de las jaulas, sin que que se enterasen de ello la mayor parte de los penados. Al hacer la distribución del rancho,

cuando todos se agrupaban alrededor de las gamellas, o cuando volvía a recoger las gamellas vacías, en el momento en que los penados salían de sus jaulas para dar su paseo por cubierta, siempre hallaba medio de deslizar en los petates botellas de ron con las que se regalaban aquellos caballeros, y más tarde armas, cuchillos y revólveres robados de los armeros o a los mismos celadores. Aquel *cocinero de equipaje*, aquel pinche, *señoras y caballeros*, era ágil como una ardilla y listo como un *pick pocket*.

—¿Le veremos también?—preguntó mademoiselle Nadige.

—No, señora; murió. ¡Le ahorcamos! Y Bibi lo sintió mucho, porque aquel rapaz (era muy joven, tenía veintidós años escasos, y unos ojazos azules, enormes), aquel rapaz quería a Bibi como un perro a su amo. Le había seguido a todas partes, y muchas veces supo evitar que se muriese de hambre, porque tenía mucha imaginación y un corazón excelente. ¡Pobre pinche, víctima de ese sentimiento noble entre los nobles que se llama amistad! ¡No se asusten ustedes, señores; no voy a enternecerme también al hablar de ese muchacho! ¡Nos dió demasiada guerra! El fué quien lo preparó todo con ayuda de los fogoneros. Desde que salimos de la isla de Re, *trabajaba con ellos* en las bodegas, taladrando aquí un tabique, allá un suelo, abriendo a través del buque caminos que nosotros desconocíamos por completo, y preparando a Bibi en las bodegas, que creíamos llenas de mercancías, escondites cuya existencia jamás hubiésemos sospechado. Y cuando Bibi se escapó, le proporcionó trajes de marinero que le permitieron varias veces pasearse por los entrepuentes en pleno día. Y, por úl-

timo, fueron aquellos hombres los que en el momento de empezar el combate robaron los fusiles a *mis valientes vigís* para dárselos a los sublevados. ¡Como ven ustedes, estábamos frescos!

Dicho esto, Bibi, a semejanza del *cicerone* oficial de un edificio público, cuya misión es enseñar y explicar las curiosidades de las que es fiel guardián, indicó que podían subir a cubierta.

Ya en ella, la caravana quedó maravillada. ¡Hubieran podido creerse en la feria de Neully! Todo estaba lleno de banderitas y de cadenas de farolillos a la veneciana. El comandante explicó que después de los terribles dramas que acababan de desarrollarse a bordo, la tripulación necesitaba distraerse, y que le había prometido una fiesta en la que unos cantarían, otros interpretarían alguna comedia, según es costumbre en los barcos de guerra, y en la que, por último, bailarían todos al compás de una orquesta improvisada.

Luego, dirigiéndose particularmente a mademoiselle de Val Rieu y a la de Fontainebleau, añadió Bibi:

—¡Si fuesen ustedes lo bastante amables para no desdenar los aplausos de unos pobres marinos como nosotros, no vacilarían en dispensarnos el inmenso favor de encargarse de un *númerol* ¡Estoy seguro de que mi gente jamás lo olvidaría!

¿Cómo negarse? Además, la proposición les hacía gracia, y aquella fiesta contribuiría sin duda a disipar el extraño malestar que sentían, sin que pudiesen decir a punto fijo por qué.

—¡Bombarda!—gritó el comandante.

El segundo acudió inmediatamente.

—¿Está todo dispuesto en *los presidios*?

—Todo está dispuesto, mi comandante.

Y Bibi añadió en voz más baja:

—¿Saben que en cuanto digan una palabra les hago *fusilar a través de los barrotes*?

—¡Sí, mi comandante; lo saben, y creo que se darán por advertidos!

Las damas le rodearon; querían estar en primera fila. Bajaron a la batería superior. En las jaulas reinaba un silencio sepulcral. Los visitantes, muy conmovidos, no se atrevían a pronunciar una palabra. Y durante unos segundos, ellos y los presidiarios se contemplaron, sin hacer un movimiento, a través de los barrotes.

Cuando la vista de las señoras se fué acostumbrando poco a poco a la semioscuridad del entrepuente, comenzaron a distinguir los detalles del mísero ajuar de las jaulas en que estaban hacinados aquellos infelices.

—¡Pobre gente!—murmuró madame d'Artigues; y las demás también se compadecieron; «¡pobre gente!» Preguntaron cómo se acostaban y cómo comían, y quisieron saber *si estaban bien cuidados*.

—¡Ah! ¡Ya lo creo que los cuidamos! ¡No faltaba más!—contestó Bibi—. ¡Están bien cuidados! ¡Vamos, responded; ¿tiene alguien alguna queja? Ya ven ustedes, no contestan, nadie se queja. ¡Están contentos!

Y Bibi exhibía sus presos como el domador exhibe sus fieras, dando detalles acerca de la feroz condición de cada uno de ellos.

—¡Vamos, adelanta un paso, Colmenero! ¡Ven acá, Mi-

llonario! ¡Oye tú, Albañil, ¿por qué te lamentas de esa manera? ¿Tienes dolores de reuma?

—¿Qué ha hecho ese?—preguntó madame d'Artigues.

—¡Llora a su mujer, a quien le sucedió una desgracia horrible!

—¿Cuál, Dios mío?

—Que le derramó plomo derretido en el oído!

—¡Ah, infame! ¡Cualquiera se lo figuraría al verle! ¡Mire usted, marqués, qué facha tan buena tiene!

—¡Ya lo creo! ¡Parece un santito!

—¡Recuerdo haber leído algo sobre ese proceso!—observó Bourrelrier.

—Resulta *divertido* encontrarse aquí con los héroes de todos esos crímenes cuyo relato hemos leído en los periódicos. ¿No piensa usted lo mismo, marqués?

—Ciertamente, señora.

—Pues yo me los figuraba con un aspecto más feroz—dijo mademoiselle de Val Rieu—. Es raro; no parecen malos.

—¡Estas alimañas no son malas! ¡Cuando las atacan, se defienden!—replicó Bibi, obligando a sus huéspedes a pasar a otra jaula. Llevaba un látigo en la mano y con él golpeaba los barrotes, como hacen los domadores para excitar a sus fieras.

—¡Vamos! ¡De pie todo el mundo! ¿No podéis levantaros? ¡Ya estáis viendo que hay visita! ¡Saludad a las señoras! ¡Vamos! ¡Viudita! ¡Levitín! ¡Martes!

—¿Cómo dice usted que se llama ese?

—¡Martes!

—¡Vaya un nombre raro! ¿Y por qué?

—¡Oh! ¡Vaya usted a saber! Probablemente, porque todas sus desdichas le ocurrirían en martes... Bueno... Y éste, ¿saben ustedes cómo se llama? ¡Se llama *Zampaencajes!*

—¿Y qué ha hecho?

—Vamos, responde: ¿qué has hecho?

—¡No sé, mi comandante!

—¿Como, no lo sabes? ¡Con semejante motel... ¡Te zampabas los encajes, caramba! ¡Un delito de contrabando!... ¡De pie, *Trousse-Vaches!* Este tiene este mote porque fué en el callejón de Trousse-Vaches en donde cometió su primer crimen. Le arrancó la nariz de un bocado a un agente, que murió de resultas del mordisco. ¿No es verdad, *Trousse-Vaches?*

—¡No lo sé, mi comandante!

—¿Cómo, no lo sabes?

Y Bibi se volvió furioso hacia el sargento de vigilancia.

—¡Esto es rarísimo, sargento! ¡Los penados no saben una palabra de nada! ¿En qué se le va a usted el tiempo? ¡Convendría obligarles a decir de cuando en cuando *lo que han hecho!*

—Cómo, ¿obligarles a decir lo que han hecho?—preguntó Bourrelrier.

—¡Sí, con objeto *de que no lo olviden y de que los atormenten los remordimientos!*

—¡Ah! ¿Y aquel, comandante, aquel que *se encoge de hombros?*

—¿Alguno se ha permitido encogerse de hombros?—gritó Bibi con voz de trueno—. ¡Sin duda algún *cerebro privilegiado!* ¡No permito que *los cerebros privilegiados se encojan de hombros!*

Y como esta figura un poco absurda provocase algunas risas, Bibi perdió los estribos.

—¿Qué es lo que pretendéis con semejante actitud?—rugió fuera de sí—. ¿Queréis, sin duda, *provocar mi cólera*? ¡Mal rayo! ¡Procurad respetar lo que es digno de respeto; respetaros a vosotros mismos, si es posible, respetando a las personas honradas con las cuales tenéis el honor de encontraros a bordo! Si seguís portándoos de ese modo, ¿qué pensarán de vosotros estos señores? Ya hemos visto la batería superior; ahora bajemos a la inferior. ¡Verán ustedes la jaula de los hacendistas, en la que están encerrados los caballeros de manos blancas! ¡Pero antes voy a enseñarles a ustedes el calabozo de Bibi!

Y los obligó a bajar a todos al famoso corredor de los calabozos. Primero entró en el calabozo en que había estado encerrada la Condesa, y enseñó el boquete por el cual se había escapado con el célebre bandido. De la misma manera el conserje del castillo de If enseña a los visitantes el subterráneo por el cual el abate Faria se comunicaba con Edmundo Dantés.

—Aquí estaba encerrada una miserable deportada a quien luego ahorcamos—dijo—, y que había solicitado acompañar a su marido a Numea. ¡Tal vez se acuerden ustedes de aquel médico que cortaba trozos de carne a sus clientes para comérsela!

—¡Ah, qué horror!—exclamó, asustada, madame d'Artigues.

—¡Sí, sí—dijeron las otras dos mujeres—; también hablaron de eso los periódicos! ¿Está aquí ese médico? ¡Quiéramos verle!

—¡Le ahorcamos!

—¡Dios mío! Pero ¿a cuántos han ahorcado ustedes, comandante?

—*¡A todos aquellos cuya muerte era necesaria para la seguridad de la sociedad!*—exclamó Bibi—. Aquella mujer acompañaba a su marido, como ya he dicho; pero vió a Bibi y en seguida se enamoró locamente de él. Ella fué la que ayudó al pinche de que les hablé a ustedes antes en sus trabajos para lograr la evasión de Bibi. Miren ustedes este calabozo, y luego vean éste. ¿No hay ninguna comunicación, verdad? ¿Lo han visto ustedes bien? ¿Están convencidos? Pues bien; aquí estaba Bibi, metido en el cepo y custodiado por dos *vigis*. ¿Cómo pudo pasar de su calabozo al de la mujer para escaparse por el boquete abierto en éste? De la manera más sencilla del mundo. Miren ustedes... La mujer, que puso de su parte cuanto pudo para que la enviasen al calabozo, porque sabía que éste era el único que estaba desocupado, no tuvo que hacer más, una vez encerrada, que dedicarse a este ejercicio—y Bibi empezó a destornillar con la mayor facilidad los pernos que sujetaban una plancha de hierro al tabique divisorio de ambos calabozos—. No crean ustedes que esto lo hicieron algunos penados en sus ratos de ocio, nada de eso; esto es obra de los *vigis* (*los marinos* llamamos *vigis* a los vigilantes). Estos vigilantes, permítanme ustedes que lo diga como lo pienso, no valen, en general, mucho más que los presidiarios, y es cosa probada que son hombres de malas costumbres. Durante las travesías se arreglan siempre de manera que los calabozos les sirven de reservados, y allí celebran con todo descaro sus entrevistas con

las deportadas (1). *Que una presa, sabedora del truco de la plancha, por haberse servido de él, quitase los pernos, no era cosa que debía llamar la atención a los dos vigilantes que se aburrían solos en el calabozo de Bibi. ¡Escúchenme ustedes con atención! Los dos celadores pensaron: «¡aventura tenemos!», y cuando apareció por el boquete la cara de su amigueta, comprendieron que les quedaría muy agradecida si no la dejaban sola más tiempo. Seguramente adivinan ustedes la continuación. El pinche amigo de Bibi estaba escondido debajo de la cama de campaña de la presa, y cuando uno de los vigilantes se enhebró por el agujero y entró en este calabozo, aquí, en este mismo sitio, la presa le echó los brazos al cuello, y con ellos un lazo que apretó con todas sus fuerzas el fiel cocinero. Asombrado al ver que no volvía su compañero, quien le había prometido no estar ausente mucho tiempo, el otro vigilante, considerando que le había llegado su turno, pasó por el boquete como había hecho el otro, y halló inmediatamente la explicación que buscaba. Comprendió y murió. Y entonces el excelente pinche, que había tenido la precaución de sacar del bolsillo de la levita del comandante la llave del candado (si hubiera sido necesario, se hubieran pasado sin ella, créanlo ustedes), no tuvo que hacer más que poner en libertad a Bibi, cerrar otra vez el candado, dejar a los vigilantes junto al cepo, tapar el boquete y devolver la llave al comandante (estoy siempre tan distraído y tan preocupado). ¡Y se acabó! ¿Qué les parece a ustedes?*

—¡Admirable!... ¡Maravilloso!... ¡Estupendo!...

(1) Véase el libro de Ballière sobre los *Recuerdos de un fugado de Numea*.

—¡Y ese imbécil de Barrachón sin darse cuenta de nada!

—Pero, ¿quiere usted callarse, mi comandante?—dijo, riendo, Carmen de Fontainebleau. Y añadió con mimo: —¡Hágame el favor de no hablar mal del comandante Barrachón!

—Es verdad, no me acordaba—murmuró Bibi—. No debo desacreditarle delante de la tripulación. ¡Pero es que hay momentos en que me tengo una rabia a mí mismo!... ¡Verse burlado de esa manera!... ¡Eso le quema la sangre a cualquiera, como dice mi portera!

—¡Ahora llévenos usted a ver a Bibi! ¡Queremos ver a Bibi!

Y abandonaron el sollado para subir a la batería inferior. Y allí vieron más presidiarios. Y las señoras confesaron que en aquellas jaulas abundaban los rostros repulsivos de bandidos.

—Miren ustedes ése, aquél que está en un rincón—decía mademoiselle de Val Rieu—, no quisiera encontrármelo en un camino.

Y señalaba con el dedo al mismísimo Vilène.

El bizarro oficial de marina, héroe de la aventura más estupenda del mundo, tenía, en realidad, en aquel momento una cara verdaderamente espantosa. Veíase obligado a reprimir la rabia que sentía contra aquel monstruo de Bibi, diciéndose que si no lograba dominarse, si dejaba escapar una palabra sospechosa sobre los extraños sucesos que habían trastocado los papeles de todos, daría tal vez la señal de la matanza general, en la que los náufragos que los visitaban no serían tal vez las últimas víctimas. Tal era la situación de aquel hombre honrado, tan digno de compasión.

Pero el prodigioso esfuerzo moral que esta situación exigía, se traducía exteriormente por una expresión de las menos amables y que llamó en seguida la atención a mademoiselle de Val Rieu.

—¡Uf, qué cara!—agregó Carmen de Fontainebleau, y preguntó:—¿Qué ha hecho éste?

—¡Éste!—respondió Bibi—no hizo nada malo; pero a pesar de ello le condenó el Jurado. ¡Veinte años de trabajos forzados por haber intentado matar a su suegra! Mírenle ustedes y créanme: no es el orgullo ni el desdén la causa de su obstinado silencio, es que le mata la pena; ¡siente haber errado el golpe!

—¡La verdad es que los de estas jaulas tienen una facha muy mala!

—¡Señores!—dijo Bibi sentenciosamente—; ¡estamos en el único sitio del mundo en que puede juzgarse a las personas por su aspecto!

—¿Por qué, comandante?

—Porque el traje de presidiario, señora—dijo Bibi con voz terrible—, le sienta admirablemente bien a todo el mundo.

Y añadió, volviéndose amenazador hacia Máximo del Touchet:

—¿Quién puede jactarse hoy día de que el traje del presidiario no le sentará bien? ¡El traje del presidiario es el único que da a cada uno el aspecto que *debe tener*!

Y Bibi, satisfechísimo al ver que sus palabras habían causado sensación, pasó a otra jaula.

—¡Está completamente borracho el pobre hombre!—murmuró el marqués al oído de madame d'Artigues.

—Le confieso a usted—contestó la dama— que le tengo un poco de miedo. ¿Se ha fijado usted en su cara y en sus ojos cuando habla? ¡Es singular, pero me parece que esas facciones tan poco gratas a la vista *no me son desconocidas!* Después de todo, tal vez haya visto su retrato en los periódicos... ¡Comandante!... ¡Comandante! ¿Han publicado su retrato de usted en los periódicos, no es verdad?

—Sí—respondió Bibi estremeciéndose—. Lo publicaron al lado del de Bibi cuando se supo que era yo quien lo había de llevar a Cayena... ¡Miren ustedes, ahí tienen a Bibi!...

Señalaba, en la jaula de los hacendistas, al mismísimo comandante Barrachón. El heroico, el excelente comandante, que hubiese querido morir al frente de los pocos hombres que le quedaban. Todos sus oficiales hubiesen muerto con él; ¡antes hacerse matar que sufrir el yugo de un Bibi!... ¡Ay!... ¡viéndose sin municiones, tuvo que suspender la lucha y rendirse para salvar la vida de la tripulación! Bibi le había dicho:

—¡Se ha portado usted como un valiente! ¡*No tenemos queja de usted!* ¡*Ha hecho usted por nosotros cuanto ha podido!* ¡Quedará usted en libertad a bordo de su buque!

¡Suprema injuria! ¡Haber merecido la gratitud de un Bibi! Reflexionó en su pasada debilidad y se la reprochó como un crimen, o por lo menos como una complicidad. Él merecía con más motivo que otro cualquiera verse en aquella jaula en que los malos acabaron por encerrar a los buenos, tal vez a consecuencia de su pusilanimidad, y exigió que le encerrasen con los demás. Y pensaba, que si la *fiera con galones*, como acostumbra a decir en los buenos tiempos de su sueño humanitario, hubiese *saltado la tapa de los se-*

sas a alguno de aquellos bandidos, o los hubiera colgado de una verga, el *buque de guerra* no hubiese *cambiado de dueños*, seguramente. Abismo sin fondo de una filosofía muy amarga en que el excelente Barrachón se revolvía tan trabajosamente como Bibi, consagrado a la tarea de cumplir sus nuevos deberes, se revoliera allá en cubierta entre las trabas de la jerarquía, de la disciplina, de las obligaciones de su flamante empleo, de una nueva posición, en una palabra, a la cual la fortuna, madrastra hasta entonces, no le había acostumbrado. ¡Pero, vaya, a todo se acostumbra uno! Y poco a poco *fué normalizándose la vida a bordo*. En las jaulas, los hombres que pocos días antes aún estaban libres, comenzaban a adoptar esas actitudes indolentes y lánguidas de la esclavitud, en que el orgullo de raza desaparece y en que reaparece en cambio la animalidad. En los corredores, los ex presidiarios, ya libres, *alzaban la cabeza con gesto autoritario* y, guardadores concienzudos de los vencidos, aprendían sin dificultad *a hacerse obedecer*. Las horas transcurrían como antes, en los entrepuentes que Bibi, siempre avisado, había convertido en el último refugio de la disciplina. En cubierta, en las cámaras, en los sollados, en dondequiera que penetrase libremente la alegre luz del día, *podían veír y divertirse*, pero con la condición *de que no hubiera que temer nada de los de abajo*. Bibi y los suyos, como todos los que quieren vivir sin el temor de una sorpresa desagradable, habían sabido guardarse las espaldas. El mismo programa anterior a la sublevación ejecutábase punto por punto, sólo que con más severidad, a causa de la *experiencia adquirida*. A las mismas horas «picadas» por el timonel, Barrachón veía

aparecer las mismas rondas de celadores que bajaban a vigilar a los «presidiarios». Y el excelente comandante hubiera podido creer que nada había cambiado a bordo si no hubiese sido él uno de los «presidiarios».

—¡De modo que ése es Bibi! ¡Ése que está allí, en aquel rincón, con una cara tan fosca! ¡Pues, la verdad, yo no me lo había figurado así!—dijo Carmen de Fontainebleau.

—¡Ni yo tampoco!—agregó Nadige de Val Rieu—. ¡Parece extenuado! ¿No le da usted de comer, mi comandante? ¡No es posible que ese hombre sea el terrible Bibi! ¡Tiene facha de notario aburrido!...

—Eso es lo que me ha dicho a mí mismo muchas veces—declaró el extraño *cicerone*—. ¡Bibi siempre ha tenido cara de hombre honrado! Miren ustedes ese cráneo a la luz del farol. Escuchen ustedes lo que dijo delante de mí un sabio de Burdeos que fué a examinar los cráneos de los penados de Saint-Martin-de-Re: «El examen de esta cabeza demuestra que el órgano de la *destrucción*, del que se deriva la inclinación al asesinato, está muy desarrollado; pero hay que reconocer al mismo tiempo que el órgano *del sentimiento de la moralidad* y los de las *facultades intelectuales* están demasiado favorablemente desarrollados para que Bibi haya cometido sus crímenes por un impulso *natural*. Un hombre organizado como lo está Bibi, y habiendo recibido *una educación conveniente*, sólo en un momento de trastorno mental ha podido llevar a cabo sus espantables fechorías». Y yo añadiré: ¡ayudado por la fatalidad! ¡Fatalitas!, ¿no es verdad, Bibi?

El pobre comandante Barrachón ni siquiera volvió la cabeza. Pero uno de los hombres que había en la jaula se ade-

lantó hasta la reja. Tenía la cabeza cubierta de vendas ensangrentadas. Con voz firme dijo:

—Yo me llamo Pascaud, soy sargento de los vigilantes militares, y he sido encerrado en la jaula, como mis compañeros, por los presidiarios que se han apoderado del *Ba-yardo*. Y ése—añadió, volviéndose hacia el heroico prisionero, que se había levantado al oír al vigilante—, ese no se llama Bibi: se llama el comandante Barrachón. ¡Y Bibi es ése!...

Y su mano señalaba, a través de los barrotes, al verdadero Bibi, que rompió a reír. Esta risa fué ahogada inmediatamente por una explosión de maldiciones y de insultos lanzados desde todas las jaulas. En un instante se generalizó la rebelión en los *presidios*. Racimos de hombres se arrojaban contra las rejas, se colgaban de ellas, gesticulaban... Los puños asomaban amenazadores por entre los barrotes, y todas las bocas gritaban: «¡Bandidos!... ¡Asesinos!... ¡Miserables presidiarios!... ¡Matadnos, ya no podemos más!... ¡O desembarcadnos en seguida; para nada queremos vuestra compasión!...» Y sólo se oían gritos, interjecciones y rugidos de rabia. La batería inferior, sospechando lo que pasaba, secundó con la ruidosa manifestación de su cólera la rebelión de la superior. Como bestias feroces, cuyo furor se duplicaba al tropezar con un obstáculo infranqueable, se precipitaban, desesperados ante su impotencia, contra las rejas. ¡Hasta el mismo Barrachón había perdido toda su sangre fría, toda la dignidad con que sobrellevaba su cautiverio! ¡Ya no era más que una fiera, lo mismo que sus compañeros, que hubiesen querido devorar a sus guardianes! El espectáculo era espantoso y trágico, y se repetía

en todos lados, enfrente, a la espalda, en todas las jaulas.

Los visitantes huyeron aterrados, y hasta el mismo Bibi los siguió, tapándose los oídos. Fué una carrera desenfrenada hacia cubierta, en tanto que los nuevos vigilantes, gritando casi tanto como sus antiguos carceleros, imploraban de Bibi la orden de matarlos a todos.

Bibi llegó a cubierta. Una vez allí, respiró; volvió a ver con gozo la luz, admiró la belleza del cielo y del mar y sintió, como nunca sintiera hasta entonces, la alegría de vivir.

—¡Pobre gente!—dijo—; *¡que les den doble ración!*